

# NACIONALISMO Y MULTICULTURALISMO: ¿UNA TRAICIÓN A LA VERDADERA IZQUIERDA?

**E**n las líneas que siguen quiero mostrar que la *verdadera* izquierda está mal equipada, por razones conceptuales e históricas, para gestionar los desafíos contemporáneos del nacionalismo y el multiculturalismo. Para ello expondré brevemente cuál es la relación entre el lenguaje y la política; qué son y qué funciones realizan las ideologías políticas; cuál es la naturaleza de los conceptos que utilizan las ideologías políticas; qué entendemos por derecha e izquierda; qué puede significar la expresión *verdadera* izquierda; y, de manera más pormenorizada, explicaré cuál ha sido la relación histórica y conceptual de la izquierda con el nacionalismo, un fenómeno que en general ha desestimado como contingente en su visión progresista e internacionalista; y con la cultura y el pluralismo cultural o multiculturalismo, que ha considerado un epifenómeno, también contingente, dependiente del desarrollo social. Puesto que, en general, para la izquierda, el mundo de las naciones y las culturas estaba destinado a desaparecer ante la emergencia de una sociedad nueva, la sociedad moderna, mediante un proceso de cambio radical, carece de los elementos conceptuales para analizar su permanencia. Además, puesto que el concepto central de la izquierda es la igualdad y puesto que en general ha des-

---

Ángel Rivero es profesor en el Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Autónoma de Madrid

arrollado una visión monista de la sociedad en torno a este concepto, su capacidad para gestionar políticamente la diversidad ha sido limitada. En su visión, la modernidad conducía a un mundo donde las diferencias quedarían abolidas. En primer lugar las de clase y, con estas, las de nacionalidad, religión e, incluso, lengua. Puesto que las identidades nacionales tienen mayor permanencia de la prevista y la diversidad cultural tampoco parece declinar, la izquierda se ha sumido en la perplejidad y su discurso se ha hecho cacofónico y confuso. Por una parte, afirma retóricamente el valor rector de la igualdad pero, al mismo tiempo, se alía con los defensores exacerbados de la diferencia. Esta es la paradoja que quiero explicar: si la izquierda se ha traicionado.

## **EL LENGUAJE Y LA POLÍTICA**

La política es una actividad organizada lingüísticamente cuyos fines son esencialmente, según la orientación que se tenga, el desarrollo de un proyecto social o la gestión pacífica de los conflictos. Para realizar estas funciones es preciso que se utilicen conceptos que describan y evalúen la realidad política y es necesario que, mediante conceptos, se genere una respuesta política a esa realidad. Esto significa que los conceptos que utilizamos crean, por un lado, realidad política y que, además, determinan, de alguna manera, nuestro comportamiento político. Por ejemplo, si utilizamos el concepto de clase como la categoría central de análisis político de una sociedad nos encontraremos con una descripción, evaluación y programa político muy distintos de si, por ejemplo, hubiéramos utilizado la categoría libertad individual. Aunque la Ciencia Política ha intentado domesticar este potencial político de los conceptos, subordinándolos, de distintas maneras, a una pretendida realidad política objetiva: creando conceptos nuevos, operacionalizándolos, verificando empíricamente las afirmaciones del lenguaje de la política o falsándolas, este objetivo no se ha conseguido, y no se ha conseguido porque la Ciencia Política tiene una dimensión práctica que no poseen las Ciencias Naturales. La Ciencia Política está vinculada a la deliberación, esto es, es un tipo de diálogo o conversación dirigido a tomar decisiones. Las Ciencias Naturales, por su parte, buscan describir las conexiones causales del mundo natural por medio de leyes

y unas teorías sustituyen a otras al confrontarse con la realidad. Además no se ha conseguido porque el lenguaje de la Ciencia Política es inseparable del lenguaje de la política misma. Resulta evidente que el lenguaje de la política no busca en absoluto esa claridad conceptual que anheló la Ciencia Política sino que busca la efectividad política, esto es, la capacidad de motivar y movilizar políticamente, es decir, busca producir comportamiento político. En suma, que en la política se inventarán, se redefinirán y se utilizarán todos aquellos conceptos que sirvan para hacer avanzar un fin político más o menos pre-determinado. En las evocadoras palabras de Heinrich Heine: “siniestro, espantoso e inquietante es que creemos un alma y ésta nos pida un cuerpo y nos persiga con esa exigencia. La idea que hemos tenido es una tal alma, que no nos deja en paz mientras no le damos un cuerpo, hasta que no la llevemos a fenómeno sensible. La idea quiere ser acción, la palabra quiere ser carne. (...) Anotaos esto, orgullosos hombres de acción. No sois más que agentes inconscientes de los hombres del pensamiento, los cuales en su humilde silencio, han predeterminado a veces del modo más exacto todo vuestro hacer”<sup>1</sup>.

## LA POLÍTICA Y LAS IDEOLOGÍAS

Para conseguir eficacia en la función performativa del lenguaje político, los conceptos políticos se agrupan en conjuntos más o menos coherentes presididos por una idea fuerza que hace de principio ordenador. Así, la libertad individual en el liberalismo, la conservación de la comunidad tradicional en el conservadurismo, la sociedad de iguales en el socialismo, etc. Cada ideología ha buscado su forma particular de realización de su núcleo conceptual y, para hacerlo, ha necesitado de otros conceptos que la permitieran ofrecer una visión general de la sociedad, de los obstáculos que se oponen a la realización de sus fines y con los que formular un programa de acción política. Como todas estas son ideas puestas al servicio de la acción, en lugares y tiempos particulares, su vocabulario ha sido variable y el signi-

<sup>1</sup> **Heinrich Heine**, *Contribución a la historia de la religión y de la filosofía en Alemania*, en *Obras*, Barcelona, Editorial Vergara, 1964, p.728.

ficado de sus conceptos ha mutado con cada contexto de aplicación. Sin embargo, puesto que el lenguaje político así organizado no sólo ha sido utilizado por los actores políticos al servicio de sus fines sino que en los contextos democráticos, y otros han servido para orientar políticamente a los individuos y proporcionales un cierto tipo de identidad política, puede hablarse de conjuntos de vocabularios más o menos asentados que reciben el nombre de ideologías políticas. Estas ideologías con mayor o menor vigencia, recorrido histórico y pluralidad de manifestaciones son el liberalismo, el conservadurismo, el socialismo, el fascismo, el comunismo, y otras. Es importante señalar que dichas ideologías están compuestas de conceptos abstractos, lo que les da una apariencia de universalidad. En palabras de Michael Oakeshott: “a political ideology purports to be an abstract principle, or set of related abstract principles, which has been independently premeditated. It supplies, in advance of the activity of attending to the arrangements of a society, a formulated end to be pursued, and in so doing it provides a means of distinguishing between those desires which ought to be encouraged and those which ought to be suppressed or redirected”<sup>2</sup>.

Pero ha de tenerse en cuenta que su aplicación como discurso político es puntual, es decir, se produce en un contexto histórico y geográfico particular. Así, por ejemplo, el vocabulario de una misma ideología puede significar algo muy distinto en lugares y tiempos distintos. Por ejemplo, no significa lo mismo socialismo en Suecia y en Corea del Norte. Oakeshott hace notar algo más acerca del carácter abstracto de las ideologías. Éstas pueden ser abstractas porque son el resultado de la condensación de la experiencia política, esto es, son una versión sintética de un conocimiento empírico y, en esa medida, son algo bueno y necesario. Pero también pueden ser abstractas en un sentido muy distinto: cuando sus ideas no son abstracción, resumen o síntesis de la actividad política sino de otra actividad, por ejemplo, la guerra y, sin embargo, se aplican como guía a la ac-

<sup>2</sup> “Una ideología política pretende ser un principio abstracto, o un conjunto de principios abstractos relacionados, que han sido independientemente premeditados. Proporciona, adelantándose a la actividad de ocuparse de los acuerdos de una sociedad, un final formulado con el deseo de alcanzarse, y al hacerlo dota de un medio para distinguir entre aquellos deseos que debieran ser promovidos y aquellos otros que debieran ser suprimidos o redirigidos”. **Michael Oakeshott**, *Rationalism in Politics and other essays*, Indianapolis, Liberty Press, 1991, p. 42.

ción política. Es a esto último a lo que denomina la política de *estilo* ideológico y su ejemplo más señalado, entre otros, es el marxismo.

## LA IZQUIERDA Y LA DERECHA

Las ideologías políticas son, pues, conjuntos más o menos coherentes de ideas que realizan la función de describir y evaluar la realidad política y que proporcionan un programa de acción. Como fenómeno social su historia es relativamente corta. Se originan, según Oakeshott, a partir de la Revolución Francesa y son manifestación de un nuevo estilo en política que sustituye la experiencia como guía de la acción política por las ideas abstractas. Este autor denomina a este tipo de política ideológica la política del libro.

Si las ideologías políticas permiten orientarse políticamente a quienes carecen de experiencia política, en la provocadora visión de Oakeshott, los conceptos de izquierda y derecha permiten, a su vez, orientarse en las ideologías políticas utilizando el eje de orientación espacial más básico y elemental. De la misma manera que los niños definen muy tempranamente su lateralidad, la identidad política de las personas se define siguiendo el mismo patrón. El eje de orientación ideológica izquierda-derecha es, si cabe, más abstracto que las ideologías porque, como principio de orientación meta-ideológico, aún se aparta más de la realidad cotidiana de la política. Además, no puede saberse dónde está la derecha y la izquierda si no sabemos dónde está el centro. Es decir, puede ocurrir que lo que unas veces está a la izquierda, otras veces esté a la derecha. Así por ejemplo, en los parlamentos medievales el elemento popular, el Tercer Estado se sentaba a la izquierda del monarca y el estamento noble a la derecha, dando desde entonces un sesgo a los dos conceptos. Sin embargo, el liberalismo ha sido alternativamente una ideología de izquierda frente al conservadurismo reaccionario del altar y el trono; o de derechas frente a los partidarios de la cuestión social. En suma, no siempre está claro, si no es sobre el terreno, dónde está la izquierda y dónde está la derecha.

Sin embargo, y con todas las cautelas necesarias, se han ofrecido listas de conceptos o valores que están asociados históricamente a la izquierda

y a los que se ha opuesto conceptos contrarios asociados a la derecha. Así, se ha asociado a la izquierda los conceptos de libertad; igualdad; fraternidad; derechos; progreso; reforma/revolución; e internacionalismo. Por su parte, se ha asociado con la derecha los conceptos de autoridad; jerarquía; orden; obligación/deber; tradición; reacción y nacionalismo. Estas dos listas de conceptos significan de forma más concreta que la izquierda ha sido partidaria de la construcción de una sociedad nueva cuyos rasgos principales habrían de ser el negativo de los de la sociedad tradicional. A su vez, los conceptos asociados a la derecha transmiten la imagen de una sociedad tradicional que busca defenderse frente a la amenaza de un proyecto que es su completa negación. Históricamente, la izquierda ha buscado destruir para innovar, y la derecha ha buscado resistir el cambio para conservar.

Para algunos autores, centralmente Bobbio<sup>3</sup>, es la distinta consideración del valor de la igualdad lo que permite distinguir entre izquierda y derecha. De esta manera, si le hacemos caso, la izquierda defendería la igualdad y la derecha la desigualdad. Es interesante ver que Bobbio se preocupa de señalar que la derecha no defiende la diferencia sino la desigualdad. La carga de la prueba le corresponde a él y no demuestra lo que dice. Sin embargo, como veremos más adelante, la izquierda defendió durante mucho tiempo que igualdad significaba abolición de todas las diferencias.

Así, la defensa de la igualdad en grado sumo, la igualdad material, de resultados, sería el valor característico de la izquierda. Sin embargo, me parece que esto es aún demasiado abstracto y que utilizado fuera del contexto en que fue formulado da lugar a aberraciones del tipo, por ejemplo, de afirmar que las tribus de cazadores-recolectores eran sociedades de izquierdas, valoradas positivamente, o que Cuba es más de izquierdas que Suecia. Otros autores han buscado combinar el valor de la igualdad con el de la libertad a la hora de clasificar las ideologías políticas en el eje izquierda-derecha y esto da una visión más matizada del asunto al acercarse a los

<sup>3</sup> **Norberto Bobbio**, *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Madrid, Taurus, 1995. Bobbio intenta rescatar la distinción izquierda-derecha como un par conceptual útil en nuestro tiempo, pero sólo puede hacerlo distinguiendo entre izquierdas y derechas y, a la postre, el progresismo democrático que quiere salvar tras el naufragio del socialismo en 1989 queda más cerca de algunas derechas que de muchas izquierdas.

totalitarismos de izquierda y de derecha, los comunismos y los fascismos, por un lado, y al agrupar también en un espacio próximo al conservadurismo democrático, al liberalismo y a la socialdemocracia.

## LA VERDADERA IZQUIERDA

Por tanto, a pesar de lo dicho por Bobbio, resulta difícil determinar qué sea la *verdadera* izquierda. Desde una versión ortodoxa del comunismo, la verdadera izquierda sería aquella comprometida de manera radical con el valor de la igualdad. Así, definida la propiedad privada de los medios de producción como la fuente de la desigualdad y del conflicto entre los hombres, su programa será su abolición como precondition de la aparición de una sociedad sin clases, el comunismo. Esta izquierda se considera más verdadera porque es más *radical*, porque va a la raíz de las desigualdades sin tener que pasar por la política entendida como instrumento para la mediación del conflicto permanente entre los hombres. Esto es, se considera más verdadera porque, simplemente, es más ideológica, más abstracta, aprende menos de la experiencia, si es que aprende algo, y utiliza el lenguaje de la guerra, de clases, y la conquista violenta del Estado, como sustituto de la política.

El caso de la socialdemocracia europea es distinto. Aquí el discurso es menos ideológico y la política ocupa un lugar importante. Así, la vieja social-democracia, el SPD, al convertirse al poco de su fundación en el primer partido de masas abandonó la revolución como instrumento de cambio social y aceptó la democracia como mecanismo de acceso al poder político. El presupuesto era que, alcanzado el poder político democráticamente, sin violencia, sería más fácil realizar la transformación de la sociedad. Mucho más recientemente abandonó también la idea originaria del credo socialista de que la desigualdad entre los hombres debía ser atacada en su raíz, la propiedad, y la sustituyó por una versión nueva de la justicia social en la que ésta ya no significaba la igualdad material de todos sino el compromiso de la sociedad, realizado por el Estado, de satisfacer las necesidades básicas de todos los individuos y de apoyar a éstos en su desarrollo. Así, la sociedad de iguales del socialismo ya no era una sociedad en la que la desigualdad era

desarraigada sino una sociedad donde los menos favorecidos eran ayudados por los demás. El valor de la igualdad se mantenía en su lugar central del vocabulario socialista, pero la manera en que se realizaba ese concepto cambiaba radicalmente: de la abolición de la propiedad, al Estado que redistribuye la riqueza de la sociedad. Esta evolución todavía se ha llevado más lejos en algunos representantes de la izquierda europea. Así, el *Nuevo Laborismo* de Tony Blair ha desplazado el concepto de justicia social como una obligación que ha de ser asumida por el Estado a una responsabilidad que compete más bien a los individuos: el Estado no ha de realizar la justicia social, el Estado, mediante la educación, ha de facilitar que los individuos la realicen.

Lo que me parece reseñable tanto del comunismo como de la socialdemocracia es que tanto uno en su ortodoxia ideológica, totalitaria, como la otra en su aceptación táctica o sincera de la política, han sido incapaces de escapar al monismo de su pensamiento originario. Isaiah Berlin definió el monismo como la creencia de que los hombres pueden ser gobernados racionalmente bajo un único principio, que este principio permite armonizar los restantes ideales humanos y que los conflictos de los hombres desaparecerán con la realización de dicho principio único o rector<sup>4</sup>. Como veremos, el comunismo ha encontrado en el nacionalismo un combustible con el que inflamar la lucha de clases, tanto para destruir los Estados burgueses como para combatir al imperialismo y, simultáneamente, ha perseguido y humillado el sentimiento nacional bajo la acusación de reaccionario. La socialdemocracia, desde la I Guerra Mundial, descubrió con sorpresa que los obreros tienen patria y ha intentado, infructuosamente, deslindar la política del reconocimiento cultural pero, al mismo tiempo, ha afirmado que la cuestión nacional no formaba parte de su programa político. Una y otra izquierda esperaban lo mismo, la realización de un ideal progresista de libertad donde por medio de la lucha de clases, a veces de nacionalistas contra el poder feudal o contra el imperialismo, o el desarrollo de la justicia social de la mano del Estado, abolirían todas las diferencias y finalmente se alcanzaría una sociedad igualitaria. Puesto que unos y otros

<sup>4</sup> Isaiah Berlin, *Dos conceptos de libertad y otros escritos*, Madrid, Alianza, 2005.

trataron al nacionalismo como un episodio en el camino hacia la igualdad, y puesto que unos y otros se aliaron con el nacionalismo en la expectativa de realizar el ideal de la igualdad en el futuro, y dado que tal ideal no se ha realizado, unos y otros pueden ser acusados de haber traicionado tal ideal. Esto es, el nacionalismo permanece y la sociedad sin clases en la que quedarían abolidas las diferencias ha desaparecido del horizonte.

## LA IZQUIERDA Y EL NACIONALISMO

Llegados a este punto parece oportuno ver de qué manera encaja el nacionalismo en el vocabulario de la izquierda. El nacionalismo ha sido definido como la doctrina/ideología que sostiene que la humanidad está dividida naturalmente en naciones; que cada nación tiene derecho a un Estado y a un gobierno propio; y que, realizado este principio, precisamente el principio de las nacionalidades, entonces florecerá un orden *internacional* de paz<sup>5</sup>. Ha de observarse que el nacionalismo como ideología presupone un sujeto colectivo pre-político, la nación, mientras que para la izquierda, el verdadero sujeto, en este caso post-político, es la humanidad. En 1796 Joseph de Maistre, al criticar que la Constitución Francesa de 1795 se dirigiera al hombre decía lo siguiente: “No hay *hombres* en el mundo. Durante mi vida, he visto franceses, italianos, rusos, etc.; sé incluso, gracias a Montesquieu, *que se puede ser persa*: pero, en cuanto al *hombre*, declaro no haberlo encontrado en mi vida; si existe, es en mi total ignorancia. (...) Una constitución que está hecha para todas las naciones no está hecha para ninguna, es una pura abstracción”. Para de Maistre una constitución es una solución al siguiente problema: “Dadas *la población, las costumbres, la religión, la situación geográfica, las relaciones políticas, la riqueza, las buenas y las malas cualidades de una cierta Nación, encontrar las leyes que le convengan*”<sup>6</sup>. Es decir, que no hay recetas políticas para la humanidad, cada pueblo es esencialmente distinto. Al menos, bajo este punto de vista que afirma las naciones como organismos primordiales, nada parece que pueda estar más alejado

<sup>5</sup> Elie Kedourie, *Nationalism*, Oxford, Blackwell, 1993, p. 1.

<sup>6</sup> Joseph de Maistre, *Consideraciones sobre Francia*, Madrid, Tecnos, 1990, pp. 66-67.

del pensamiento de la izquierda: para el nacionalismo la humanidad está dividida naturalmente en naciones, mientras que para la izquierda la humanidad está dividida accidentalmente en naciones y Estados. Sin embargo, como ocurre casi siempre, las cosas son más complicadas en la realidad y estas dos ideologías aparentemente tan alejadas llegaron a mezclarse. En los años treinta del siglo XIX, Giuseppe Mazzini definió su movimiento de la *Joven Europa* como internacionalista. Mazzini, como se sabe, acabó por ser expulsado por Marx y Bakunin de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), la Iª Internacional, por su deísmo profético y por su nacionalismo, pero su siembra *internacionalista* prendió en los movimientos revolucionarios de Europa. Como el concepto ha sido muy repetido desde la izquierda vale la pena detenerse en su significado originario. Mazzini, tras visitar las naciones oprimidas de Europa, concibió la idea revolucionaria de que los pueblos que compartían un mismo infortunio estarían dispuestos a unirse para liberarse. Para él resultaba evidente que no se podía movilizar a italianos, húngaros y polacos prometiéndoles que sus lenguas y sus naciones desaparecerían en el crisol de la humanidad porque los Estados en los que se veían forzados a estar ya eran crisoles y no les gustaban. De modo que Mazzini diseñó una teoría en la que se conjugaran tanto las demandas nacionales como las supranacionales y opuso esta concepción al cosmopolitismo. Su teoría tomaba como unidad básica los países, mientras que el cosmopolitismo lo hacía con los individuos. Ha de notarse que la posición de Mazzini es muy distinta de la de Joseph de Maistre. Para el primero, que escribía en 1796, las naciones son organismos naturales, primordiales, producto de la providencia divina. Algo, por cierto, no muy lejano de lo que decía en 1784 Johann G. Herder: “el estado más natural [es] *un pueblo* con un carácter nacional. (...) Un pueblo es una planta natural lo mismo que una familia, sólo que ostenta mayor abundancia de ramas”<sup>7</sup>. Pero Herder iba más lejos, no sólo afirmaba la naturalidad de la nación sino también el segundo principio del nacionalismo, que el gobierno tenía que ser autogobierno nacional: “Por consiguiente, nada se opone tanto al fin de los gobiernos como esa extensión antinatural de las naciones, la mezcla incontrolada de estirpes y razas bajo un solo cetro. El cetro

<sup>7</sup> Johann G. Herder, *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1959, p. 285.

de un hombre es muy débil y pequeño para reunir partes tan heterogéneas. Se los aglutina unos con otros dentro de una máquina precaria que se llama máquina estatal, sin vitalidad intrínseca ni simpatía de los componentes. (...) Precisamente la política que produjo semejante aborto es también la que juega con pueblos y hombres como con cuerpos inertes; pero la historia demuestra a las claras que estos instrumentos de la soberbia humana son de arcilla y se quiebran o deshacen como la arcilla en esta tierra”<sup>8</sup>. Así, sentencia Herder, la buena ordenación política es que cada pueblo sea aquello que la naturaleza le destinó ser y el gobernante que quiere ocupar el sitio del Creador y “crear por arbitrariedad o cegado por las pasiones lo que la criatura no estaba destinada a ser según el plan divino, cae en un despotismo que quiere dar consejos a la divina Providencia y es origen de todo desorden y de un fracaso inevitable”<sup>9</sup>. Lo interesante de Mazzini es que rescata esta doctrina providencialista de las naciones, enfrentada a la artificialidad y soberbia de los Estados, y le da un lustre progresista. El nacionalismo en Mazzini ya no es afirmación de la creación de Dios frente a los caprichos de los hombres sino un instrumento del desarrollo de la humanidad. Así pues, para éste, las naciones, veremos más adelante cómo las define, deben tener un Estado y un gobierno propios, sus enemigos son el trono y el altar y, liberadas las naciones, florecerá un orden internacional de paz que hará que las naciones se desarrollen en progreso y que, al hacerlo, se avance en la constitución de la humanidad. El nacionalismo de Mazzini se puede calificar de nacionalismo liberal: busca la creación de naciones grandes que sirvan al desarrollo y al progreso: en el mapa que diseñó en 1857 de la Europa del futuro sólo había sitio para doce Estados. En Herder y en de Maistre, la nación es un elemento esencial, originario, producto de la creación y la humanidad es una idea vacía.

Así pues, para Mazzini la liberación de la nación es un estadio en el camino de la emancipación de la humanidad y, desde luego, la nación no tiene un carácter cerrado y originario. El internacionalismo es la empresa en la que cooperan las naciones en su liberación con el fin último de alcanzar la

---

<sup>8</sup> *Ibíd.*

<sup>9</sup> *Ibíd.* p. 286.

emancipación de la humanidad. Evidentemente, Mazzini, frente a los defensores del trono y el altar, era la izquierda. Pero, frente a Mazzini, aparece en este debate el socialismo. Para estos últimos, de la doctrina del nacionalismo el único elemento importante es el internacionalismo. Esto es, en la misma línea progresista de Mazzini, la sociedad buena no se encuentra en el pasado, como para de Maistre y, en menor medida, para Herder, sino en el futuro. A la etapa del florecimiento de las nacionalidades le seguirá la etapa de la humanidad emancipada. Así, el SPD, en el Congreso de Eisenach de 1869, se negó a debatir la cuestión nacional porque ése era un problema calificado de puramente burgués. Esto es, la emancipación de las naciones le correspondía históricamente a la burguesía que, en su lucha contra el absolutismo, era la encargada de formar naciones viables económica y políticamente. Es justamente esta perspectiva la que también puede verse en el panfleto *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels, escrito en la muy relevante fecha de 1848. Allí se nos dice que lo propio justamente de los comunistas es que “dentro de las diversas luchas nacionales del proletariado”, destacan y hacen valer “los intereses comunes de éste en su conjunto, independientes de las nacionalidades”<sup>10</sup>. Poco más adelante se añade: “Se ha reprochado a los comunistas el querer suprimir la patria, la nacionalidad. (...) Los obreros no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen. Sigue siendo nacional el proletariado en la medida en que ha de conquistar primero la hegemonía política, en que ha de elevarse a clase nacional, en que ha de constituirse a sí mismo en nación, pero de ningún modo en el sentido de la burguesía. (...) Los particularismos nacionales y los antagonismos de los pueblos desaparecerán cada día más, simplemente con el desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio, el mercado mundial, la uniformidad de la producción industrial y las formas de vida que a ella corresponden. (...) El dominio del proletariado va a hacerlos desaparecer más todavía. (...) En la medida en que se suprime la explotación de un individuo por otro, se suprime la explotación de una nación por otra. (...) Acabado el antagonismo de las clases dentro de la nación, se acababa la hostilidad de las naciones entre sí”<sup>11</sup>. En esta misma línea, cuando se detalla el curso de acción que han

<sup>10</sup> Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto Comunista*, Madrid, Alianza, 2001, p. 58.

<sup>11</sup> *Ibíd.* pp. 65-66.

de seguir los comunistas en los distintos países europeos, la doctrina es clara: apoyar a la burguesía nacionalista frente al absolutismo en los países atrasados; apoyar a los socialistas frente a la burguesía en aquellos países que, como Francia, ya han alcanzado su madurez como nación.

Este mismo argumento puede encontrarse, en una versión ligeramente modificada, casi ochenta años más tarde en la obra de Antonio Gramsci, *La cuestión meridional* (1926); en ella se nos señala que, en Italia, la clase trabajadora es la clase nacional y la clase internacional simultáneamente. La razón es que la burguesía no ha realizado su papel histórico de incorporar a todos los italianos en una misma nación sino que los ha dividido y enfrentado: el norte y el sur. Corresponde pues al proletariado asumir ese papel histórico de convertirse en la clase nacional y, al hacerlo, generar la hegemonía que disolverá todos los particularismos y abrirá el camino hacia la emancipación universal. Para Gramsci como para Marx y como, en parte, para Mazzini, los hombres forman parte de una comunidad única que se afirmará a medida que el progreso disuelva los particularismos. Por el contrario, para de Maistre y para Herder, los particularismos nos dan la clave de la diversidad, nacional, permanente entre los hombres.

En suma, la izquierda ha apoyado, históricamente, al nacionalismo liberal o de integración, que buscaba crear mercados nacionales y grandes Estados viables y orientados al progreso. Al mismo tiempo, esa misma izquierda condenó al cubo de basura de la historia a las pequeñas nacionalidades por inviables y por ser rémoras en el desarrollo de la humanidad. Recuérdese que, por el contrario, las pequeñas naciones eran, para la derecha reaccionaria, producto de la mano creadora de Dios y, por tanto, criaturas que debían ser preservadas frente a las ideologías destructoras del progreso y la revolución. Sin embargo, este cuadro en apariencia sencillo se vio complicado con la teoría leninista del imperialismo. Según la visión de Lenin, la lucha de clases se había desplazado a la escena internacional de modo que habría Estados explotadores, imperialistas y naciones explotadas. Las luchas de liberación nacional repetirían, con un sesgo distinto, el camino emancipatorio que las burguesías nacionales habían desarrollado en Occidente, con la salvedad de que ahora el enemigo no era un monarca

sino una potencia capitalista extranjera. Esta teoría animó los procesos de descolonización en todo el mundo y, finalmente, produjo una mutación paradójica que se manifestó en su aplicación a los nacionalismos subestatales de los países occidentales: la teoría del imperialismo aplicada al interior de los Estados nacionales europeos. El movimiento es particularmente insólito porque se abandonaba el internacionalismo progresista para crear un internacionalismo etnicista, esto es, la teoría se ponía al servicio de un nacionalismo más cercano a de Maistre y a Herder, que al nacionalismo liberal que había defendido, *pro tempore*, la izquierda.

Los nacionalismos se han clasificado, de forma simplificadora y a efectos taxonómicos en nacionalismo liberal; nacionalismo conservador; nacionalismos totalitarios (los fascismos); nacionalismos anticoloniales y nacionalismos secesionistas. Pues bien, la izquierda simpatizó históricamente con el nacionalismo liberal, como camino hacia una humanidad reconciliada y no dividida; simpatizó con el nacionalismo anticolonial, como aplicación de la doctrina anterior a las condiciones específicas de desarrollo social del mundo colonial; y, en parte, simpatizó con una mutación anómala de esta última doctrina que es el nacionalismo secesionista.

Las conclusiones que pueden extraerse de estas paradojas son: que nunca se tematizó de una manera consistente la política nacional desde la izquierda porque, en su visión ideológica del desarrollo social, asignó dicha tarea histórica a la burguesía; además, se pensó que la política nacional era un escalón contingente en el desarrollo social que podía ser ignorado. Estas dos premisas resultaron en una incapacidad estructural para: a) pensar la política en términos nacionales; b) enfrentarse de una manera consistente con los desarrollos patológicos del nacionalismo. Como se daba por descontado que todos estos caminos conducían, en último término, a una sociedad emancipada, libre de la tutela del capitalismo que imponía la división entre los hombres, la izquierda no sólo fue incapaz de sostener un discurso coherente frente a la cara más fea del nacionalismo (la violencia étnica, la limpieza étnica y el genocidio) sino que fue incapaz de articular una política alternativa del nacionalismo como principio de integración social que, por medio de concepto de ciudadanía, hiciera abstracción de los particularismos.

David Goodhart, en un estudio del *think tank* DEMOS ha realizado un esbozo de rectificación de estas insuficiencias destinado al Partido Laborista. La propuesta se llama *Progressive Nationalism. Citizenship and the Left*<sup>12</sup>. Según este análisis, la izquierda ha de superar tres dogmas que se han probado falsos: a) que los seres humanos sean individuos igualitarios que tratan a todos los seres humanos con la misma consideración; b) que el nacionalismo y los sentimientos nacionales sean únicamente beligerancia y xenofobia; c) que Occidente sea culpable de todos los males que asolan el mundo. Lo que sostiene Goodhart es que en un contexto en el que se han debilitado los vínculos sociales tradicionales y en el que predomina el pluralismo cultural, sólo la identidad nacional está en condiciones de generar la disposición a ocuparse de los demás en la sociedad. No tengo ahora espacio de analizar en detalle el argumento, pero véase que hay aquí un cambio radical desde el internacionalismo socialista a la visión del nacionalismo liberal: la cooperación social en el liberalismo se vinculaba con el hecho de que la sociedad fuera una institución benéfica. Esto es, si ricos y pobres ganaban individualmente a través de la cooperación, la sociedad estaba bien ordenada. El documento que certificaba aquello que se ganaba y a lo que se obligaba cada cual era la ciudadanía. Ahora lo que se nos dice es algo muy parecido, el sentimiento de nacionalidad permite la cooperación social que facilita una sociedad socialmente justa. También es importante señalar que identidad nacional no tiene un sesgo étnico sino que está vinculada al concepto de ciudadanía, esto es, al contrato de derechos y obligaciones que vinculan a un individuo con su sociedad. La postura de Goodhart es minoritaria, aunque ha sido anticipada por otros como David Miller<sup>13</sup> y, en general, es recibida también como una traición. Para unos, porque el nacionalismo es siempre malo y debe ser desterrado en la sociedad futura; para otros, porque define nación en términos demasiado inclusivos y, por tanto, abandona la lucha de los pueblos “colonizados” culturalmente. Lo importante, me parece, es que aquí nacionalismo significa ciudadanía, esto es, derechos y deberes diferenciados para nacionales y extranjeros y, por ende, hay un alejamiento del concepto demasiado abstracto de igualdad

<sup>12</sup> David Goodhart, *Progressive Nationalism. Citizenship and the Left*, Londres, Demos, 2006.

<sup>13</sup> David Miller, *On Nationality*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

que había sido hegemónico en la izquierda y que había conducido a la paradoja de la incapacidad de la izquierda para enfrentar la cuestión nacional.

## LA IZQUIERDA Y EL MULTICULTURALISMO

La visión de la izquierda de la cultura es parecida a su visión de las naciones y su futuro. Las diferencias nacionales, religiosas, de lengua o de costumbres estaban condenadas a desaparecer en la sociedad futura. De nuevo, se pensaba que la sociedad futura sería igualitaria y homogénea y, por tanto, la gestión del pluralismo en la sociedad era algo propio de la sociedad burguesa que desaparecería en el futuro. De nuevo también, se produjeron mutaciones no esperadas en este discurso. Para Marx la sociedad futura, igualitaria, sería fruto del desarrollo de condiciones objetivas. Sin embargo, Lenin señaló que tan importante como las condiciones objetivas eran las condiciones subjetivas, esto es, la manera en la que era percibida la realidad. Esto llevó a la formulación del concepto de revolución cultural y a la lucha, en el terreno ideológico, por la obtención de la hegemonía. De nuevo, la dominación cultural adquirió también un sesgo étnico y

# ¿Fotocopias o escaneas?

Si en tu empresa o institución se  
fotocopian o escanean libros y revistas,  
solicita la licencia en



tel.: 91 702 19 71  
licencias@cedro.org  
www.cedro.org

## Licencia de CEDRO

1. *f. Der. Autorización* para fotocopiar y escanear fragmentos de libros y revistas respetando los derechos de sus autores y editores.
2. *f. Certificado* de calidad legal: la licencia facilita a empresas e instituciones el cumplimiento de la Ley de Propiedad Intelectual.

alimentó el nacionalismo particularista. De manera muy sintética, la izquierda tampoco estaba preparada para entender el pluralismo cultural porque su concepto de igualdad hacía que toda diferencia social debiera ser abolida. Por eso, la izquierda en la Europa meridional fue jacobina y anticlerical. La expectativa era que, de nuevo, la modernidad aboliera toda diferencia en una sociedad secularizada. A esto ha de añadirse que la generalización en Occidente de la mala conciencia imperialista en la izquierda se uniera al concepto de dominación cultural: de este modo la izquierda fue simultáneamente jacobina y anticlerical para las diferencias culturales endógenas, y culturalista y anti-moderna respecto a las diferencias culturales exógenas. Cuando la inmigración llevó estas últimas a casa, la confusión se hizo absoluta. Así, el multiculturalismo sensatamente entendido significa únicamente respeto por la diversidad cultural (por el pluralismo religioso, por ejemplo) pero, sin embargo, ha derivado en el discurso de la izquierda, en muchas ocasiones, en una forma de paternalismo cultural que exige un trato diferente a unos ciudadanos y a otros según sus identidades culturales.

Aquí nuevamente la izquierda puede ser acusada de traición: si acepta el pluralismo de la sociedad como algo que debe ser respetado, abandona el igualitarismo modernizador, con un sesgo autoritario, que fue su seña de identidad desde mediados del siglo XIX. Este movimiento reflejaría en mi opinión una sensata revisión de los presupuestos ideológicos de la modernidad y, en particular, de su expectativa de que el progreso ha de asociarse al desarrollo de una sociedad secularizada. Pero si la izquierda se hace multiculturalista en el sentido de defender que las culturas tienen derechos por encima de los individuos, entonces la traición sería doble: se habría aceptado lisa y llanamente la concepción reaccionaria de la sociedad que habíamos visto en de Maistre y Herder.

## CONCLUSIÓN

En las líneas anteriores he querido mostrar que la izquierda se enfrenta con el nacionalismo y el multiculturalismo a un desafío que afecta a su valor

central histórico: el concepto de igualdad. Puesto que, además, la izquierda ha estado presa de una concepción del desarrollo social, la modernidad, vinculada directamente a ese valor, se ha encontrado con profundas dificultades para atender a los desarrollos sociales no previstos; en particular, la persistencia de la diversidad nacional y cultural. En mi opinión, si quiere enfrentar desde la izquierda hechos como que la búsqueda de reconocimiento de los grupos, sean religiosos o nacionales, es un dato permanente de la condición humana, debería redefinir su concepto de igualdad en relación al de ciudadanía y, de esta manera, haría un hueco al pluralismo en su imaginario. Las otras alternativas, despreciar el nacionalismo y atacar la diversidad cultural, o sacralizar la nación étnica y la cultura, son, simplemente, inaceptables.